



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

LA TÁCTICA DEL TERO-TERO

Lamentábanse una vez, reunidas varias aves en un rincón bien guarnecido del inmenso bosque de la cercana pampa, y a la margen de una laguna, sobre la avaricia y la crueldad de los hombres, que no dejan en los nidos empollar los huevos, sin arrebatarnos y despojarlos para su comercio, sumiendo en la desolación a tantas madres amorosas, como la Perdiz, la Torcaz, la Gaviota, y aun las humildes Gallaretas del pajonal.

-¡Ay! –gimió la Perdiz-, yo no tengo paz en mi vida, sino en las cuevas, o en la fuga y la emigración, porque, con los perros malditos, ya no tengo escondite seguro al aire libre de los prados. Nos asesinan los cazadores y nos roban nuestros hijos dentro de sus cunas de pintada cáscara.

-¡Qué diré yo, -secundó la Paloma con su genial melancolía-, cuando ha debido mi raza someterse a la triste y voluntaria misión de procrear para morir cada vez con mayor fecundidad, y sin esperanza de liberación!

-Y yo, -chilló la Gaviota-, ni siquiera por el bien que hago a los labradores, al limpiar el surco de larvas, gusanos e insectos de toda clase, se me respeta mi nido, porque los rebuscadores repletan sus canastas para ir a fabricar después toneladas de golosinas que devora el vientre insaciable de la gran ciudad, y apenas si logro salvar algunos huevos para perpetuar la especie...

-¡Ha, ha, ha! y a mí, -terció con cierto aire elegante el Cuervo Acuático-, ignorantes de mi ascendencia divina, y sin duda porque me creen de la familia de aquel del Arca que no volvió nunca y fue a morir en el convento de Arsinoe en noche lúgubre, -rapaz, hambriento y fétido, me tienen rabia y apenas me dejan abrir la azulada cáscara en que vienen al mundo mis hijos, como regalos de hadas en estuches de zafiro...

-¡Oh, oh, oh! -murmuró una oscura Gallareta saliendo con gracioso giro de una estrecha ría de pajas-, mi suerte no es mejor que la vuestra, amigos, porque a mí, no sólo me toman por pato fino los tartarines de la escopeta, sino que todavía los mercaderes de huevos devastan mis pobres nidos para mistificar a las gentes, haciéndolos pasar por otras especies aristocráticas, con la Martineta, el Barcino, el Silvón, el Picazo, o por el tan deseado de...

-¡Tero, tero, tero! -gritó, pidiendo la palabra como cualquier diputado novel, un curioso y vecino Tero Real de grito inconfundible-, perdonen ustedes que me mezcle en su conversación, que he oído de cabo a rabo desde esas matitas de pasto; pero como soy también de los doloridos, deseo darles un consejo con el cual pueden defender su prole contra la voracidad de los hombres... Hagan lo que yo hago para salvar mi nido... Hay que esconderlo bien entre las rendijas de la tierra, o bajo las más tupidas floraciones del matorral, y entonces alejarse a una distancia para dar el grito, y hacer creer al cazador que allí se encuentra el tesoro de su ansia canibalesca, mal disimulada bajo mil títulos nobiliarios que él solo se adjudica. Extraviado y desorientado, busca y rebusca; y por lo menos, si lo halla, que le cuesta una gota de sudor...

-¡Qué quieren, hermanos! -ya que no es posible defender nuestro hogar y nuestro nido con la fuerza, valgámonos de la astucia el gran recurso de los débiles, contra la tiranía y la injusta apropiación que el hombre se ha decretado sobre el fruto legítimo e inocente de nuestros amores y de nuestros dolores...

La presente obra ha sido digitalizada por la voluntaria Fabiana Marta Ortíz.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

